

BELLAS ARTES

Sigue Ricardo Brugada regalándonos los ojos con sus simpáticas mujercitas andaluzas, tan variadas como varios son los aspectos de la belleza. Y como no queremos incurrir en el vicio de repetirnos, hablando de las cualidades de este pintor, bien conocido de nuestros lectores, nos limitaremos a llamarles la atención sobre la bonita nota de color cuyo principal atractivo es la graciosa florista que, con la cesta repleta y apretando contra el seno sendos ramos de claveles, apresura el paso para llegar cuanto antes á la ciudad á expender su fresca y olorosa mercancía.

En varias ocasiones habíamos podido saborear los castizos dibujos de J. Nogué, que, sin entregarse á trabajos de fantasía, con el simple estudio de la naturaleza, logra interesar y embelesar á un tiempo.

Hoy se nos presenta bajo otro aspecto, no por modesto menos eficaz. Sus marítimas son como un documento de incontestable fuerza para probar su amor al estudio, y la armonía de color y la facilidad de la pincelada anuncian que puede medirse con éxito en obras de mayor vuelo.

Hay que conocer á fondo la estructura del caballo para comprender cómo domina Marcelino de Unceta la forma del noble animal que, después del hombre, es el más hermoso de la creación.

En la preciosa miniatura *De verjas afuera*, que publicamos, parece que se haya complacido en prodigar sus excepcionales conocimientos

hípicos, ya agrupando ejemplares notables de distintas razas, ya proveyéndolos de espléndidos arreos de irreprochable propiedad.

Pero si el técnico vale mucho, aún vale más el pintor. No hay más sino ver con qué magisterio agrupa las figuras de hombres y caballos, la firmeza con que están plantados, la amplitud del toque en obra tan diminuta, acusándose con valentía todos los accidentes, y la majestad de aquel umbrío verdor del fondo, un parque regio que bien puede ser el Retiro de Madrid. Despréndese de toda la escena un no sé qué de aristocrático que cautiva.

Los dos caballos de la derecha son, en detalle y en conjunto, una pequeña obra maestra. No en vano su autor está considerado como el primer pintor de caballos de España.

La ilustración que de la poesía *Su imagen*, de Campoamor, ha hecho Gaspar Camps, es una de las mejores que han salido del inspirado lápiz del joven artista, cuya fama ha salvado ya los Pirineos.

El dibujante se ha comprometido bien de la poesía, y ha logrado materializar el símbolo del poeta. Y lo ha obtenido sin esfuerzo, sin recurrir á los pomposos recursos ornamentales de su imaginación; siendo esta misma sencillez lo más estimable que tiene.

FRANCISCO CASANOVAS

HUMANISMO

Y Juan cavaba; cavaba con la constancia que emplea un hombre de bien cuando se halla entregado al trabajo.

A cada uno de los vigorosos golpes que daba con el azadón, el suelo se abría violentamente dejando ver un sin fin de pequeñas raíces que, cual espesa red de nervios, se entrecruzaban y enroscaban entre el desmoronado terruño.

Algunos pequeños insectos, cuya morada quedaba instantáneamente deshecha, huían despavoridos por los burdos zapatonos de Juan, en tanto alguna que otra lombriz se retorció dolorosamente, al sentirse el cuerpo dividido por el filo de la terrible herramienta del hortelano.

Este no se fijaba en tales detalles. La tierra se iba engalanando paulatinamente con los simétricos surcos que Juan, con sin igual constancia, labrada en su superficie.

Y Juan cavaba; cavaba con la fe que emplea el hombre honrado en el cumplimiento de su deber.

Pero si sus brazos trabajaban con denuedo y sus músculos transmitían á los miembros el vigor necesario para ganar cumplidamente el sustento, su imaginación se hallaba algo distante de aquellos terrones que rodaban deshechos cada vez que descendía su brazo de patán.

Juan pensaba en Toñuela; en su Toñuela: en aquella moza garrida que tanto tiempo le estuvo sorbiendo el seso, hasta que el señorito fué tan bueno que la obligó á que se casara con él, con el enamorado Juan; pensaba en su mujercita, en la que era suya desde hacía una semana, en que el cura del pueblo les echó la bendición y les dijo unas cosas de las que Juan no llegó á comprender ni jota.

Por esto no era de extrañar que Juan suspirara á cada golpe de su azadón, sintiendo la abrumadora añoranza de su cariño, que le aguardaba en la blanca casita, con los encantos puestos en línea de combate.

De vez en cuando, levantaba la frente sudorosa y dirigía sus miradas al firmamento, para saber las horas que le quedaban de tan angustiosa separación.

Se acercaba la noche, y Juan multiplicaba los golpes de su azadón para dar cumplido término á la faena.

Al fin terminó y, echándose al hombro la herramienta y lanzando al espacio una canción amorosa, puso el cuerpo en marcha para que fuera á reunirse con el pensamiento, que, desde por la mañana, se encontraba allá, en la humilde casita que alegraban las risas de la Toñuela y en grandecía la inmensidad de una pasión honrada é infinita.

Tras una larga caminata llegó Juan cerca de la pobre vivienda y lanzó al aire un agudo silbido para anunciar su llegada.

La puerta estaba abierta, pero nadie apareció por ella. Juan volvió á silbar una vez y otra, hasta que se halló dentro de su reducida morada.

Esta, estaba desierta: en el hogar se deshacían débilmente algunas ascuas que ya no lanzaban llamaradas, por encontrarse en período agónico; un humo seco y pestilente se elevaba de una olla cuyo contenido había carbonizado el fuego vivo y descuidado; las pocas sillas de la estancia hallábanse esparcidas con sin igual desorden; todo revelaba abandono, descuido, tristeza...

El pobre palurdo observó todo esto sin pretender sacar ninguna consecuencia, sin desear comprender nada; pero sintió bajo la tosca corteza de su pecho una cosa rara que lo oprimía y le causaba una angustia muy dolorosa, ¡mucho!; más dolorosa aún que aquella herida que le hicieron una noche en que daba serenata á la entonces su novia; á aquella con quien había unido su destino.

Avivó el fuego con unos ramajos y se dispuso á esperar filosóficamente el regreso de su compañera.

Al fin llegó ésta: llegó jadeante, balbuceando disculpas, sin mirar de frente á su marido, con el rostro como la grana y la frente caldeada por la fiebre.

Juan nada le dijo. No cenó, porque no tenía gana, y... porque no tenía comida.

Se acostaron en silencio, y á los pocos instantes Toñuela dormía y Juan... ¡Juan lloraba!

No sabía por qué, pero no podía evitarlo. Además, estaban á oscuras; por tanto no podía avergonzarse de verse llorar.

Inútilmente trató de conciliar el sueño para desechar de su alma aquellas negruras que no acertaba á comprender; se agitaba y se retorció como un reptil y lanzaba unos suspiros capaces de apagar un velón de cuatro luces... ¡porque, tenía mucha pena! Aquella noche no había besado las frescas mejillas de Toñuela; y ¿por qué?... ¿qué le había hecho?... ¡No estar en casa cuando él llegó!... ¡Bah, eso no tenía importancia!

Y encendiendo sigilosamente una cerilla, la aproximó temeroso al rostro de su mujercita.

Toñuela dormía, y su sueño había de ser de una placidez sublime. Su rostro de venus lugareña se hallaba suturado por la expresión de un placer inefable; su mano, diminuta, aunque tosca, separó un poco las ropas del lecho, y con su brazo, de líneas ideales, rodeó el robusto cuello de su marido.

Juan se sintió morir y olvidó en un segundo aquellas abrumadoras congojas que antes le martirizaran.

De pronto algo, así como un suspiro, partió de los labios de Toñuela, y Juan quedó en suspenso.

«Sí... te quiero; á ti solo que eres mi vida... siempre tuya»...

Juan no pudo contenerse y se abalanzó á despertar á su amada con un beso en los labios; pero, al irlo á imprimir, salió de ellos un nombre que dejó galvanizado al pobre Juan.

Toñuela había pronunciado un nombre, y éste no era el suyo, era... ¡el del señorito!

Y Juan cavaba; cavaba con la constancia que emplea un hombre de bien cuando se halla entregado al trabajo.

Pero aquella tarde los golpes de su azadón eran más fieros. Parecía que trataba de lastimar á la tierra en vez de labrarla.

Aquella tarde el rústico Juan no tenía el pensamiento en la casita que ya no alegraba Toñuela con sus risas; tenía su pensamiento un poco más distante, en la ciudad, en casa del señorito, de aquel señorito á cuyo lado había crecido, con quien de niño jugara, á quien de hombre aborrecía...

Y al pensar en esto, silbaba al aire, por la fiereza con que blandía el azadón.

De pronto, sus ojos se detuvieron á contemplar un detalle que había visto muchas veces sin que le llamara la atención: una mísera lombriz se retorció dolorosamente, al sentirse el cuerpo dividido por el filo de la terrible herramienta del hortelano. Al ver las tristes contorsiones del gusano, Juan quedó pensativo y, tras un momento de meditación, iluminó su rostro una sonrisa de satánica alegría.

Al fin, acabó su trabajo y, echándose al hombro la herramienta y lanzando al espacio una blasfemia, puso el cuerpo y el pensamiento en dirección á la casa del señorito, en tanto recordaba con fruición las dolorosas contracciones de aquella lombriz á quien había dividido el cuerpo con el filo de su azadón...

Y Juan cavaba; cavaba con la desesperación del esclavo; devorando penas infinitas y con el grillete aferrado al tobillo...

C. COSTI Y LASSO DE LA VEGA.

FRANCISCO MASRIERA



Ociosidad laboriosa

J. NOGUÉ



APUNTES MARÍTIMOS

MARCELINO DE UNCETA



DE VERJAS AFUERA